Como se indica por la fecha que cierra cada relato, estas "*Crónicas narradas*" fueron escritas, salvo la última, en las décadas de mil novecientos sesenta, setenta y ochenta. Constituyen un conjunto de relatos que representan la historia de la sociedad de aquella época y la de ahora, porque permanecen en el tiempo.

Por aquellas fechas, sobre la década de los ochenta, requirió la librería Puvill de Barcelona, tres libros de estas "Crónicas narradas", por haberlos solicitado expresamente la Librería del Congreso de Washington, de quien era su representante en España, a pesar de no tener difusión en las librerías. Fue el único libro que hasta aquel entonces había pedido la librería del Congreso por estar muy interesado en tenerlo. Lo que constituyó una gran sorpresa y un reconocimiento a su contenido

Esta edición es la primera vez que se hace para lanzarla al público. Se amplían en tres el número de relatos recogidos en un libro anterior efectuado por el Ateneo de Málaga a efectos de protocolo, y que se integró en la colección Laberinto.

En la dedicatoria se recogen los contenidos de los relatos, sobre los temas elegidos y las situaciones sociales planteadas.

I.S.B.N.:978-84-947417-8-4
9 788494 741784

Carlos Guillermo Navarro

Crónicas narradas

Carlos Guillermo Navarro

Crónicas narradas

CARLOS GUILLERMO NAVARRO

Crónicas narradas

Prólogo
GERÁSIMO ARJONA

Ilustraciones
IBIRICO

© Carlos Guillermo Navarro
© Libros ENCASA. Ediciones y Publicaciones

ISBN: 978-84-947417-8-4

Depósito Legal: MA-464-2019

Autor: Carlos Guillermo Navarro

Realiza: Libros Encasa. Ediciones y Publicaciones
C/ Ferrándiz, 22 - Bajo A
29012 Málaga. España
e-mail: info@librosencasa.es
www.librosencasa.es

A la memoria de Antonio Garrido
con mi agradecimiento por sus valiosas críticas.

ÍNDICE

PRÓLOGO 9
EL TORRENTE QUE NOS LLEVA 25
HOMBRE DE AGUA 39
LA CAÍDA 49
FUERON TIEMPOS DE BOHEMIA 56
EL VIENTO SIEMPRE SOPLA DEL OESTE 63
ESTA CARNE ESTÁ MADURA O LAS BUENAS CRÍAS 85
LA AGONÍA 98
LOS ELEGIDOS 120
EN UN PAÍS LEJANO 137
LA CARRETA 148
EL FUEGO INEXTINGUIBLE 167
TÍO MENEO 181
LA PRISIÓN Y LA GLORIA 207

LA SANTA INOCENCIA 243
LA VELADA DEL MUERTO 259
PANTALLA EN BLANCO 274

Prólogo

Nació en la sevillana villa de Utrera, donde los potajes se degustan con flamenco "jondo", y a compás también, pero lleva décadas enraizado en la azulada capital malacitana, donde ha desarrollado su vida laboral y literaria. En Málaga fue responsable, en la primera década de este milenio, de la vocalía cinematográfica del Ateneo; cuyos actos atraían a un público unas veces más numeroso; otras, menos, salvo el día de sus comentadas y analizadas y abarrotadas proyecciones de clásicos del cine: no se cabía ni en pasillos ni en su empinada escalera. Y es que Carlos Guillermo Navarro mira, ve y escribe con mente filmadora.

En todas sus obras, la construcción de la narrativa está montada con una sucesión de planos que contempla toda la gama de tomas, los denominados en narratología puntos de vista: desde el plano panorámico en *El toque de rebato* al plano de conjunto en *Por la ruta de los mares* o a los primeros planos en *Apuntes de una crónica negra*

o a los planos generales, medios y de detalle en estas Crónicas narradas, formada por los dieciséis relatos que tienen en sus manos.

Su acérrima cinefilia impregna toda su obra de tal manera que su discurso narrativo funde, inseparablemente, quién habla y quién ve en la focalización de los personajes, es decir, el narrador, situado tras el personaje, la "visión por detrás" que diría el francés Jean Bouillón y que devendrá en el narrador total u omnisciente propio de la focalización interna.

Usa Carlos Guillermo la focalización, unas veces, de manera fija, porque el discurso narrativo se configura desde un solo personaje como en *Hombre de agua* (1969), la segunda de las crónicas iniciadas en octubre de 1968 con *El Torrente que nos lleva*. En *Los elegidos* (1970) el autor inicia el relato abruptamente, *in media res* que diría el clásico, en mitad de la historia, rompiendo la cronología habitual: "*el teniente dijo al soldado, cuando acabe la guerra te invitaré a un trago de vino*", poco después presenciaremos el fatídico asalto a la colina; tendremos que esperar, así, al final del relato para saber quién es el protagonista y a qué colina se está refiriendo el autor. Difícilmente se puede crear,

y menos mantener, un tono de suspense con el frecuentado orden de planteamiento, nudo y desenlace.

En otros relatos, la focalización es múltiple tal cual es en el relato titulado *El fuego inextinguible* (1972), aquí el cuadro descrito de fuego, sudor y muerte se construye con trazos cubistas en unos casos, expresionistas en otros, que hacen padecer al lector la asfixia sofocante y el espacio del catastrófico incendio.

Hay veces en que la focalización es variable, cuando la fábula discurre ante el lector a través de la mirada de distintos personajes como el caso del preadolescente Pascualito y el más que maduro Manolo en *Tío Meneo* (1979).

Penetra así Carlos Guillermo, con su cámara narrativa, en la mente, en las percepciones, en los sentimientos de los personajes como diciendo el último responsable de todo esto soy yo. Y el yo del autor-narrador, transmutado en tercera persona verbal se sitúa por encima de sus criaturas literarias, entroncando de este modus narrativo con una de las características primordiales de la novela clásica, la gran novela del XIX (Balzac, Stendhal, Clarín,Galdós, Tolstoi…).

Habrá, no obstante, quien pueda decir que es más propia del modo cinematográfico la llamada "visión desde fuera", la focalización externa como se lee en el *Diccionario de teoría de la narrativa* del profesor almeriense J.R. Valles Calatrava: *"...se trata, en origen, de una técnica muy vinculada al modo cinematográfico, asumiendo la literatura del cine esa capacidad de representación pura, objetivista, donde se niega la introspección y la evaluación próxima también al relato periodístico de noticias".*

No hay contradicción, pues al marco, al espacio, al escenario, al tiempo donde se mueven las criaturas literarias, se aplica esta focalización inicialmente y se mantiene como soporte estructural narrativo, así es en el caso de *La velada del muerto* (1980), donde contemplamos, visualizamos con ecos valleinclanescos una escena costumbrista protagonizada por un despreciable nuevo rico, de origen arrabalero, un amoral dilapidador de lo ajeno, a Cristóbal Ubrique, que *"no murió con dolores prolongados ni esperanzas inútiles, sino que su fallecimiento se debió a un descuido de ciego por no percatarse del camión que lo atropelló justo a la salida de la casa donde ahora estaba de cuerpo presente".*

El narrador omnisciente juega, si es creador, a ser simple observador, narrador testigo de mundos narrativos en los que poco después buceará a fondo, hasta confundirse con el alma de sus criaturas colocando su posición por encima de la mente de sus personajes; aunará entonces las dos focalizaciones en la designada por el narratólogo Gérard Genette como focalización cero: el personaje-narrador no focaliza ni percibe sino que sabe lo que experimentan los actores del relato.

En el año 2002 Carlos Guillermo llega nuevamente a puerto con su segunda novela, *Por las rutas de los mares*, otra crónica de una radical degradación de un ser humano estructurada en tres actos cronológicos: juventud, madurez y senectud, crónica *"tan sincera como desgarradora, tan actual como un telediario, a cuyo protagonista, su familia trazó tan imponente futuro que acabó viviendo entre basura, acumulándola como tesoro y aferrándose a ella".*

Las anteriores palabras del periodista y también novelista malagueño Juan Gaitán vienen a confirmar una constante en la producción novelística del autor utrerano, iniciada editorialmente con *El Toque de rebato* (1998), donde ya apare-

cen elementos del género negro, pues difícil sería no manejarlos si se pretende diseccionar la sociedad de mediados del siglo XX, construyendo un fresco, un retablo sociológico y documental, que retrata toda la miseria colectiva, económica y moral de la España de aquellos años.

Antes de los años 50, como anticipo de la explosión experimental de las nuevas técnicas narrativas, que se producirá en esa década y que durará hasta los años 70, el género de la novela negra exprimirá las enormes posibilidades de la perspectiva externa, recordemos, al respecto, a Dashiell Hammett que la utilizó magistralmente en *El halcón maltés* (1930), a cuyo título se unen imantados los nombres de John Houston y Humphrey Bogart en la inolvidable película de 1941.

En el aludido género narrativo es donde Carlos Guillermo Navarro escribió su novela *Apuntes de una crónica negra* (2006), a la que, el profesor malacitano Antonio Garrido Moraga, que en paz descanse, se refirió como crónica del poder y del fracaso, y añadía: "*... está de moda que las novelas negras sean un repertorio de casquería...no espere el lector nada de esto, estamos ante literatura... que se mueve en terrenos simbolistas...donde la aparición del cadáver de una joven atractiva que ha sido torturada de manera salvaje es el punto de partida...estamos en un universo expresionista, de tonos fuertes y ásperos*".

En 2013 aparece su cuarta novela *El paraíso de las flores marchitas* donde Carlos Guillermo integra otro registro lingüístico, el del lenguaje judicial, y donde la trama se sitúa en el tema de la violencia de género que no sigue los moldes cuantitativamente convencionales.

Carlos Guillermo Navarro parece despedirse del lector con su última publicación, que se adentra en el género melodramático, *El valle de los riscos* (2017), situada en los años posteriores a la Guerra Civil. Sus protagonistas, Amparito y Javier evolucionan, en un paisaje cargado de poesía, impregnado de intenso romanticismo y rezumando nostalgia, para recrear un fresco social donde vuelven los planos panorámicos y generales que ya anunciaba el de Utrera en su novela revelación *El toque de rebato*.

Se pueden atisbar ya, en estas fechas, las constantes estilísticas y temáticas del autor, cuyo análisis desbordaría el espacio que debe ocupar un prólogo de estas características así como son de reseñar dos constantes éticas en la produc-

ción literaria de Carlos Guillermo Navarro: la del compromiso con la sociedad que le tocó vivir y la de "aquellos que llegan al inevitable fin después de abandonarse" como dice el autor en la dedicatoria de su libro.

Conocimos *Crónicas narradas,* por vez primera, allá por junio de 1977, eran entonces diez relatos escritos entre octubre de 1968 y mayo de 1972; a ellos se sumaron tres nuevos en 2006: *Tío Meneo*, la *Santa Inocencia* y *La velada del muerto*, que acabarán conformando la obra con *La prisión y la gloria, Los elegidos* y *Pantalla en blanco;* en ellas el escritor nos muestra su nacimiento, desarrollo y culminación como autor de relatos breves, novela corta, incluso cuento, que ha ido cultivando paralelamente a su gran producción novelística, de la que hemos dado sucinta referencia. Cierra el cinéfilo sus *Crónicas narradas* con *Pantalla en blanco,* un rotundo homenaje al género cinematográfico, en ella, Mateíto Manzano, niño enfermo de tisis, tras lograr su ilusión de conocer al "mago proyectista", expira mientras se suceden en su mente escenas cinematográficas que se cierran "con el avión que entre nieblas se perdía en las alturas de Casablanca", pues la más profunda de las hipnosis ha dejado la pantalla del púber tuberculoso en blanco.

Acabamos ya este discurso prologuístico para dejar tranquilo a un joven Carlos Guillermo Navarro deambulando allá por los años sesenta, acabada su licenciatura en Derecho por la universidad de Sevilla y recién llegado a Málaga atraído por el azul de sus amores y empezando a degustar los frutos del mar de la bahía, al tiempo que va conformando su grupo teatral *Cascao* y preparando los primeros estrenos: *El juglar y el silencio, y Érase una vez…*

Gerásimo Arjona Bautista

ESTE LIBRO VA DEDICADO PARA BIEN O PARA MAL

A los que me rodean.

A los que están distantes.

A los que de una u otra forma hicieron posible la creación de estos relatos.

A la realidad que los inspiró.

A la estrella blanca que cuando éramos niños nos hizo ver todo hermoso.

A los que gritaron antes de integrarse.

A los que aún siguen luchando.

A los que comieron las manzanas prohibidas.

A las rebeldías.

A las cosas pequeñas que destruyen lo que muchos consideran intocable.

A las buenas apariencias que pasado el tiempo tienen que languidecer.

A los que llegan al inevitable fin después de abandonarse.

A los que están solos en un mundo
de comunicación.

A las instituciones eternas que no son inalterables
en este universo cambiante.

A los que sufren diferencias establecidas
por nacimiento y condición de vida.

A las situaciones que parecen nimias, pero que
valoran todas nuestras formas de actuar.

A los que creen que deben ser más porque
se ven reflejos de quienes dominan.

A los odios concentrados difíciles de desarraigar.

A los que se equivocan al pensar
que pueden ser neutrales.

A la falta de cordura que las guerras promueven.

A las muertes inútiles que provocan.

A la agradecida balanza que mide la grandeza
de lo nuestro y la pobreza de lo ajeno.

A lo que sentimos tan propio que
nos hace olvidar otras verdades.

A los que pretenden incorporarse a una sociedad
que primero habría que cambiar.

A las desilusiones y frustraciones.

A los que padecen los bien enseñados
sentimientos de culpabilidad.

A la ficción que se fabrica y a la realidad
que nos rodea.

A un fuego purificador que no destruya,
sino que nos haga ver todo claro.

A los que ven en sus sufrimientos la capacidad de
arrastrar al abismo a los que se los causan.

A los enfrentamientos fratricidas.

A los que miden su fortaleza por encima
de los más débiles.

A los que les persiguen los rencores
hasta después de la muerte.

A un mundo infantil que fabrica fantasías.

A los que se elevan en sueños para
alcanzar metas celestiales.

A los que se entregan a una sensibilidad noble.

A mis estrechos vínculos de parentescos.

A mis amigos de la infancia.

A mis amigos de siempre.

A mis padres.

A mis hermanos.

A mis hijas.

A mi nieta.

A un feto.

A la nada.

Y dejo tan sólo fuera a aquellos que,
utilizando cuantos medios tienen a su alcance,
reducen a sus semejantes a una condición miserable.

Crónicas narradas

ESTA CARNE ESTÁ MADURA O LAS BUENAS CRÍAS

El sol no es sol sino hierro, pesa como éste y traspasa la camisa hasta empapar los cuerpos. El aire de los ventiladores de giros lentos alivia a los comensales. La espera cansa, porque queriendo sentir el ahorro en sus bolsillos, son muchos los que se agolpan en la puerta con el fin de ahorrar algunas pesetas por ser un restaurante barato. Hay que buscar el ángulo, la forma de que uno de los ventiladores sobrevuele por encima de cuando en cuando y seque la camisa de vuelta en vuelta. Su revoloteo refresca y conforta. Unas camareras corren, sirven, chocan, y están a punto de manchar a los que aguardan para comer. Las muchachas son jóvenes y un atractivo de la casa. A la

de menos edad, una broma la hace colear y lograr de ella las requisas de los platos que deberían ir a otros por ser turno que les corresponde. El juez y señor del restaurante imparte la cuenta fuera de la zona sagrada, en un papel y con confianza al cliente. A veces, la información de las muchachas saca de duda.

Por la puerta entran varias personas, mientras otras salen. Se les asigna una mesa a dos de los comensales. La más joven de las muchachas se les acerca consciente de ser estudiada y gustosa de la observación, con la verbal retahíla encerrada en el primero, segundo, y tercer plato, sin que el exceso pase jamás de dos o tres variedades.

— Hola, guapa –dice el del jersey beige.

— Hola –corresponde la chica con celeridad de inercia venida de las dos de la tarde, desde la hora en que se abre el establecimiento– Arroz y tomate.

—Arroz... –afirma con reserva el amigo del jersey, mientras el otro la contempla con silbido ahogado; y ríe por la sonrisa que aflora en la cara de la muchacha que quiere dar rapidez a la respuesta.

— ¡Ay! –suspira la muchacha, y apremia haciéndose la disgustada –venga.

— Arroz, únicamente arroz –la muchacha da veloz vuelta y llega al mostrador donde solicita los platos. Se los entregan. Los alarga. Los suelta con energía y votan sobre la mesa. Toma un respiro en su carrera al preguntar.

— Y el otro ¿sigue todavía en viaje de novios?

— Todavía.

La empleada esboza un gesto de malicia. Alguien cruza la puerta, avanza por los reducidos espacios y pregunta señalando la silla.

— ¿Está ocupá?

— No

El muchacho mira hacia atrás y llama.

— Aquí –grita.

El acompañante llega del fondo y con un "aproveche" a los comensales adjuntos, se sienta. Los dos traen ropajes desgastados, con lamparones grasientos de varios días, y camisas remangadas a la altura de los codos que muestran suciedad debajo de ellas. Los dos son servidos. Los del "hola, guapa", que son los que están sentados a su lado, callan y escuchan.

— ¡Cómo atiza la tía, lo juro! ¿Viste cómo se pegaba? ¡Qué golfa, chiquillo! Me caía el sudor por to el cuerpo, y a la hembra le pasaba lo mismo. Cuando digo que las que se dan bien son las nórdicas: las suecas y las danesas. Ésta es holandesa, y ya la viste, parece que el frío les da calentura. ¡Chiquillo, son las más golfas, golfas de verdad! A mí me sudaba to el culo, y ni con el calor que hacía conseguía despegármela. Como digo, las holandesas son las mejores.

— ¿Y por qué no le metiste mano?

— Y lo que hice qué fue. Si la gachí se arrimaba como qué. Le di tela, si estaba pa eso.

— Pero después se piró con el gachó aquél. Fue como si te la birlaran, y malditas toas esas putas, que te dieron calabazas.

El interpelado se revuelve cabreado.

— Si el gachó era maricón, ¿acaso no lo viste? –habla arrojándose hacia delante– Si se fue la hembra se debió a que no me interesaba en ese momento. Es una golfa. Dime si esa tía no es sólo pa tirársela, pa pasarla por la piedra, vamos. Además, ¿no he quedao esta noche con ella? Hoy será cuando la meta en cintura. Lo que pasa es que el otro día no quería trajinármela porque Julia andaba por allí y no quería que me viera con interés.

— Julia como se iba a enterá, si había tragao más líquido que ese Baco. Ella sabe de lo corrío que tú estás.

— Pero si me muestra interés no es cuestión de que la empuje hacia fuera, ¡eh!

— Lo que digo, es que a mí me sale un plan con una golfa como aquella y me parto.

— Eso haré esta noche.

Los mudos compañeros de la mesa de al lado, cuyo amigo está en viaje de novios, inician una tímida conversación momentos antes de que la camarera se les acerque.

— ¿Y por qué no contratas? –propone uno.

— No es procedente, y estoy cansado de que las cosas se hagan mal.

— Se han hecho mal durante treinta años, qué me vas a contar.

En aquel instante llega la muchacha que les sirve con su jovencísimo cuerpo que apetece a muchos.

— ¿De segundo? –pregunta abreviando.

— ¿Qué hay? –responde uno de ellos.

— Lo de siempre, ¿no lo sabes?

— El qué –y azuza a la pobre muchacha, que también saca juego al forcejeo de palabras.

— Filete, chuleta, pescadito, tortilla... –la carta deja más platos en el aire, al tiempo que la muchacha lanza las pestañas al cielo en signo de cansancio de tanto repetirlo.

— Chuleta con patatas –pide uno.

— A mí, patatas fritas –contesta el otro.

— ¿Sólo papas fritas? –pregunta la moza.

— Con dos huevos –hay algo en su expresión que indica que lo correcto hubiese sido lo primero, pero impulsado quizás por la muchacha, se lo ha hecho acompañar.

La camarera se marcha con movimientos vivarachos.

El ventilador pasa y deja aire caliente que apenas permite respirar. En la mesa de al lado, al chico de la hembra le caen goterones que mueren en la boca y en el cuello. Se seca con el dorso de la mano y con la yema de los dedos. Saca el pañuelo y se limpia la mano. Empina la cerveza hasta beber media. El compañero le imita absorto y fijo, en preferencial cortesía para que hable. Aquél se arranca con calor.

— La tienta andaba por gruesas carnes –el amigo escucha no convencido. Y el otro sigue en su anacrónico decir–. El tostao reseca la boca, tío

–y continúa con expresión cataléptica–. El rubio pega hoy de lo lindo.

— ¿Le diste bien? –pregunta.

— Por entero –y ata las manos entre los dedos persuadido de que ha hecho algo colosal.

— Tenemos más arranque que el Juanillón. Éste habla mucho, pero llegá la tostá, ni muerde.

— Es que no tiene clase, no sabe tratá a las mujeres.

— Es un misógino.

— Niño, como parlas. Te estás extranjerizando.

— Eso es español. Se lo oí a la golfa.

— ¿Y qué significa?

— Pues no sé, pero la tía quería decí que no se le arrimaba, que era tanto como mariquita.

— Lo que hay que escuchá, con lo chuleta que es. Si a esa hembra le tocas to.

— Tú que te la enchufaste, ¿cómo está?

— Pa perderse, macho, pa perderse. La hembra está pa perderse –y mueve la cabeza con desolación.

— El Juanillón dice que le duele el estómago.

— ¿De qué?

— De que va a sé, de tanto como se repite, dice.

— No me vengas con cuento que de eso no duele el estómago, qué tiene que ve una cosa con la otra. Lo que pasa es que quiere ocultá lo que dice la golfa, que to es de boquilla y se asusta cuando ve al toro.

— Oye, que creo que es verdad, que pue dolé.

— ¡Anda!, qué tiene que ve lo de abajo con el estómago.

— No sé, pero se dice.

La empleada le trae a los dos grasientos los segundos platos que ya han pedido y los lanza sobre la mesa con cierto tintineo de guasa. Se le pide otra cerveza, hace un mohín de descontento, sonríe en amigable concordia, y se va jaleada con un "anda guapa". Luego, trae la cerveza, es mirada, sonríe nuevamente, y se marcha con su silueta nerviosa por ser cría y no por otra razón.

— De todas formas, ni la Julia, ni leche, a mí se me planta delante esa breva y me la jinco.

— No es pa menos.

— Y tú que estuviste tocándola... no me hubiera aguantao ni por Rosario.

— Para el carro. Rosario pa ti es cosa seria, ¿no?

— Y tan seria. ¡Pero la tía que tenías entre las piernas! Como dices, pa perderse, hombre, pa perderse entero y to.

— Pero si hubiera estao Rosario... ¡eh! –y afirma la imposibilidad con el dicho.

— ¡Me pierdo!

— Con Rosario delante ni te mueves, con las agallas que tiene se te monta.

— Ni Rosario, ni ninguna, por encima de mí, ninguna.

— ¡Ja!

— En cambio a ti Julia...

— ¡Ja!

— ¡También se te monta, coño! –exclama irritado.

— Por encima de mí, nadie.

Mientras ojea el bistec tocado en suerte, este último se jacta a su manera de cuanto ha asegurado. El amigo no es menos, pero ha claudicado con el enfado. Come con gusto hasta lavar el plato. Codea al amigo al entrar una buena mujer, y corta en breve su mirar para reclamar el postre. Pregunta qué hay, le hace hincapié a

la camarera en un postre olvidado, y acaba ésta anotando.

— Bueno, lo de siempre –dice la muchacha, que se marcha con todo su alijo de presencia estudiada.

Y cierra la comida con la entrega del último plato.

Se levantan. Salen por el estrecho pasillo, y ya en la calle se disponen a pagar.

— ¿Síii...? –afirma el propietario entre preguntando y afirmando, dejando correr la sílaba.

— Dos de arroz.

—¿Síii...? –corrobora el dueño del establecimiento al enumerarse los platos.

— Dos de huevos con patatas.

— ¿Síii...?

— Yo, plátano; él, natillas.

— ¿Síii...? ¿Nada más?

— Tres cervezas.

El propietario suma los precios y da la cuenta.

— 38... 42.

Pagan.

— Vale –concluye el dueño–, ¿otro?

Los dos amigos apañan una moto que de vieja está a punto de desguazarse. La arranca el de la golfa con un traqueteo que parece reventarla. La acelera varias veces y un sonido a lata se pierde por una calle.

— Corre, macho, que no llegamos –sentado en el asiento trasero va el que ha claudicado.

— Este cacharro no da más de sí. Me tengo que comprá la otra.

— Si Julia te deja, que esa no se quiere quea tirá, que tú le pones hábito y la empaquetas, y si te pones chulo se te va.

— Ésa está colá por mí.

— Pero está de rechupete, y sin ofendé, que ya quisieran estar toas como tu Julia y mi Rosario. Ella sabe que lo está, y si te pones farruco se te larga, que esa vuela y le salen veinte pájaros.

— ¡Agárrate, que voy a acelerá! –la moto chirría con ruido metálico y tornillos sueltos.

— No aprietes, hombre, que nos queamos.

— Tú sujétate, que si no llegamos a la hora es capaz de liárnosla, y to por na, por cinco o seis minutos, ¡es un cabrón de tomo y lomo!

— ¡Que nos vamos a descalabrá. Que la golfa se quea sin tío!

— A las once a esa hembra me la como.

La máquina marcha a todo gas y deja algo quemado en el aire. El que la empuja nota que la destroza y la chamusca a gusto. "Con varios calentones más, la quemo", piensa, y así se compraría la Bultaco. Para su trabajo era indispensable tener un vehículo que le trasladase, de esta manera Julia no podrá oponerse. Pasa la mano por el manillar, acelera y grita.

— ¡Agárrate!

Mientras dobla la esquina.

A dos manzanas desde el cruce, en una pared toda abierta, entran.

— ¡Hala, el jefe! –se agacha el que agarra el asidero.

El nombrado no se inmuta. Clava la vista en los dos muchachos, y con cara de mal amigo, ajusta la tuerca del coche. La moto queda reposando en un ángulo del taller. El muchacho que la guiaba, se acerca a uno de sus compañeros y, como otros días, le pregunta.

— ¿Qué mosca le ha picao?

— El retraso.

— ¡Su padre, por cinco minutos!

— Vete a saber. Hoy quiere que acabemos el trabajo, y aquí hay para cinco horas.

— Como no coja el autobús de las diez me jode a la hembra.

— Pues dátelo por seguro.

— Es un maricón.

— ¿Y la moto?

— Ésa no tira ni un kilómetro. Es un maricón.

— Anda, toma la llave y empieza.

El que se ha enfurecido y que ha ido de paquete, se marcha al rincón del taller en busca de las herramientas. Desearía cambiarse por su amigo, poseer a la hembra en aquella noche, disfrutar un poco, y que Rosario no se enterara.

18 de agosto de 1970